

Crónica Cervantina

Revista literaria y bibliográfica • Órgano de los Admiradores de Cervantes

Redacción: Rbla. Prat, 8, pral.

Teléfono 78.867

Administración: Balmes, 54

Directores:

D. JUAN SUÑÉ BENAGES

D. JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

Suscripción trimestral:

España: 3 ptas. Extranjero: 3,75

Número suelto: 1 peseta

Nuestro grabado

Antes de empezar a publicar las portadas de las primeras ediciones del *Quijote* que, vertidas en diferentes lenguas han visto la luz pública, creemos sería en nosotros una falta de respeto hacia los lectores de CRÓNICA CERVANTINA, y más aún, a la memoria del Príncipe de los Ingenios Españoles, si dejásemos de estampar al frente de este número, el facsímile de la portada del «Viaje del Parnaso».

Es ésta una bellísima composición poética dividida en ocho capítulos, en el transcurso de los cuales demuestra Cervantes, a pesar de opinar muchos lo contrario, ser un gran poeta y haber estudiado a fondo a los grandes maestros de la lírica castellana del siglo XVI, a quienes, como en el «Canto de Caliope», pero en forma jocosa y festiva, ensalza y glorifica.

Forma esta obra un volumen en 8.º, de 9 hojas preliminares sin numerar y 80 folios numerados, conteniendo las primeras las materias siguientes:

Hoja 1.ª: portadilla cuyo reverso está en blanco.

Hoja 2.ª: portada, la cual tiene también el reverso en blanco.

Hoja 3.ª: Licencia fechada en Madrid a 16 de Setiembre de 1614, por el Doctor Gutierre de Cetina. En el reverso de la misma hay otra licencia firmada a 20 del mismo mes y año, por el Maestro Joseph de Valdivieso.

Hojas 4.ª y 5.ª: Privilegio que termina en el anverso de la hoja 6.ª, fechado en Ventosilla a los diez y ocho días del mes de Octubre, de mil seyscientos y catorce años, a nombre del Rey, por lorge de Touar. En el reverso de la misma

hoja principia la Tassa que acaba en el anverso de la hoja 7.ª, que va firmada por Hernando de Vallejo, en Madrid a 17 de Noviembre de 1614. En el reverso de la misma hay la fe de erratas que lleva la fecha del 10 de Noviembre de 1614, de las cuales da fe el Licenciado Murcia de la Llana.

En la hoja 8.ª, se lee la siguiente dedicatoria:

«Dirijo a V. m. este viaje que hize al Parnaso, que no desdice a su edad florida, ni a sus loables y estudiosos ejercicios. Si V. m. le haze el acogimiento que yo espero de su condición ilustre, él quedará famoso en el mundo, y mis deseos premiados. Nuestro Señor, &.

Miguel de Ceruantes

Saauedra.»

Al reverso de la misma hoja va el Prólogo al lector, que reza: «Si por ventura (Lector curioso) eres Poeta, y llegare a tus manos (aunque peccadoras) este Viage, si te hallares en él escrito, y notado entre los buenos Poetas, da gracias a Apolo por la merced que te hizo, y sino te hallares también se las puedes dar. Y Dios te guarde.»

En la hoja 9.ª aparece estampado un epigrama en latín de D. Agustín de Casanate, y en el reverso, un soneto que el autor dedica a su pluma, que dice:

Pues veys que no me han dado algún soneto,
Que ilustre deste libro la portada,
Venid vos pluma mia cual cortada,
Y hazedle, aunque carezca de discreto.

Hareys que escuse el temerario aprieto
 De andar de vna en otra encruzijada,
 Mendigando alabanzas, escusada
 Fatiga e impertinente yo os prometo.
 Todo soneto y Rima alla se auenga,
 Y adorne los vmbrales de los buenos,
 Aunque la adulacion es de ruyn casta.
 Y dadme vos que este viage tenga
 De sal un panecillo por lo menos,
 Que yo os le marco por vendible, y basta.»

Después de estos preliminares, siguen 80 folios numerados, conteniendo los 70 primeros, 3.287 versos que componen el «Viaje del Parnaso», correspondiendo 343 al capítulo 1.º; 439 al segundo; 478 al tercero; 565 al cuarto; 334 al quinto; 307 al sexto; 364 al séptimo, y 457 al octavo y último de la obra. Los restantes folios, escritos en prosa y formando parte del capítulo octavo de la misma obra, pertenecen a la «Adjunta al Parnaso».



Cervantistas de antaño

Carta curiosa de Don Vicente de los Ríos

A mi amigo don Francisco Martínez y Martínez

Don Vicente Gutiérrez de los Ríos y Calve, señor de las Escalonías, caballero del hábito de Santiago, teniente coronel capitán de artillería, profesor del Colegio del Cuerpo en Segovia, individuo de número de la Academia Sevillana de Buenas Letras, de la de la Historia y de la Española, o, dicho todo ello de manera más sencilla,

DON VICENTE DE LOS RÍOS

figura con justicia entre los esclarecidos cervantistas del siglo XVIII, época en que estos estudios apenas se habían iniciado entre nosotros.

Y ocupa ese lugar señalado porque el humanista cordobés no debe en realidad su renombre al *Tratado de Artillería* en que resumió cuanto en su tiempo se sabía de esta materia; ni tampoco a sus demás obras científicas y literarias, aun contando entre las de esta última clase las *Memorias de la vida y escritos de don Esteban Manuel de Villegas*; ni menos lo debe a su intervención, como subalterno, en la campaña de Portugal en 1762, ni a su asistencia al sitio, asalto y toma de Almeida, ni a la sabia enseñanza que profesó en la academia segoviana, hechos castrenses que, más adelante y hallándose el artillero enfermo de gravedad, merecieron de parte de Carlos III solamente estas poco caritativas palabras: «Sentiré que se muera, porque perderé un buen oficial»... No; don Vicente de los Ríos debe principalmente su nombradía y fama en los anales de las letras españolas a la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*

y al *Análisis del Quijote*, ambas obras puestas al frente de las tres primeras ediciones académicas de *El Ingenioso Hidalgo*, de 1780, 1782 y 1787.

Quien no se halle enterado y desee estarlo del significado, importancia y valor estético de estos escritos del laborioso Ríos (que en aquel tiempo representaban un considerable adelanto respecto de los de Mayáns y Siscar, y que si por su fondo y contenido es indudable que pudieran prestarse a discusión, pues sus argumentos, especialmente en el *Análisis*, no resisten, en opinión de muchos, a la crítica más benévola, en cuanto a la forma son sin disputa un acabado modelo de estilo castizo, elegante y acendrado), acuda a la *Historia de la Crítica literaria desde Luzán hasta nuestros días* (1867), escrita por el docto catedrático don Francisco Fernández y González, y, mejor aun, a la *Historia de las ideas estéticas en España*, del insuperable don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Y si a la vez gusta de conocer cómo y por qué decidió la Academia Española, con buen acuerdo ciertamente, aceptarlos e imprimirlos en sus mencionadas ediciones del *Quijote*, recurra, en primer lugar, a las *Ilustraciones, pruebas y documentos* con que el sabio don Martín Fernández de Navarrete enriqueció su monumental *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (1819), cantera poco menos que inagotable de la que han extraído sus materiales algunos literatos de mérito, como con habilidad lo hizo don Luis Vidart en sus folletos

Los biógrafos de Cervantes en el siglo XVIII (1886) y *Vida y escritos del teniente coronel capitán de Artillería don Vicente de los Ríos* (1889). Y, en segundo lugar, a las instructivas notas que mi ilustre amigo el erudito don Emilio Cotarelo puso al discurso que en nombre de la Academia leyó en el homenaje a Joaquín Ibarra celebrado en 1923 por el Ayuntamiento de Madrid, discurso que, por cierto, tuve el placer de escuchar y aplaudir. Esas notas contienen, extractado de las actas y acuerdos académicos, cuanto con relación a este punto puede interesar a la bibliografía cervantina, desde el 4 de marzo de 1773, en que ante sus colegas comenzó Ríos la lectura de su obra, hasta la impresión del IV y último volumen del *Quijote*.

**

Pero téngase en cuenta que los enumerados textos de Navarrete y Cotarelo tratan de este particular solamente a partir de la presentación de los escritos de don Vicente de los Ríos en la Academia Española y su lectura en la indicada fecha de 1773, presentación y lectura que fueron el origen de la publicación por aquel docto cuerpo de la hermosa edición del *Quijote* estampada en los talleres de Ibarra. Debido, pues, a lo que nos dicen ambos escritores, sabemos que en dicho día era el escritor cordobés académico honorario (había sido admitido como tal en 17 de enero anterior); concluida el 11 de marzo la lectura, que aun no había de ser la definitiva, fué promovido a supernumerario; y en varias sesiones sucesivas propuso los asuntos de las estampas para adorno del libro; presentó el mapa de los viajes de Don Quijote; suministró noticias ciertas acerca de la patria de Cervantes y sobre el descubrimiento del que entonces se creía su verdadero retrato; y, finalmente, dió a conocer su trabajo ya del todo concluido, siendo premiada tan benemérita labor de cuatro años con la elevación del autor, en 14 de octubre de 1777, a la categoría de académico de número en la vacante producida por la muerte de don Juan Trigueros.

Durante todo ese tiempo, experimentó radicales variaciones la obra de Ríos, que había comenzado por ser un *Elogio histórico de Cervantes*, con todos los inconvenientes de que, por lo común, adolecen las apologías, para convertirse más tarde y por consejo de los académicos, en una verdadera monografía histórico-biográfica que, dividida en cuatro partes, se puso, como queda dicho antes, al frente de la mencionada edición. Las cuatro partes son, a saber: la *Vida de*

Miguel de Cervantes, que ya hoy, y con relación a las modernas, resulta diminuta y deficiente; el *Análisis del Quijote*, que, a pesar de la elegancia y pureza de su lenguaje, convencerá a muy pocos, como tampoco llegó a satisfacer a los mismos colegas de Ríos, a juzgar por lo que dijeron en el *Prólogo* de la Academia; el *Plan cronológico del Quijote*, criticado varias veces, y la última, por ahora, en un interesante trabajo inserto en la CRÓNICA CERVANTINA; y, en fin, las *Pruebas y documentos que justifican la Vida de Cervantes*, parte curiosísima, pero que perdió todo su interés desde que publicó la suya el insigne Fernández de Navarrete.

Y, sin embargo de todo ello, la enorme labor de don Vicente de los Ríos era tan nueva y para su tiempo tan considerable, que el propio Navarrete afirmaba, en 1819, que «su constancia por espacio de quince años y su delicado gusto en la literatura y elegancia en el escribir, le proporcionaron levantar el mejor monumento que hasta ahora se ha erigido a la memoria de Cervantes»... Y, en nuestros días, don Francisco Fernández de Béthencourt, en el discurso que leyó en la Academia de la Historia con motivo de la celebración del tercer centenario del *Quijote*, aseguraba que, en realidad, fué la que don Vicente de los Ríos abrió con sus escritos, «la primera fuente a donde han acudido luego los peregrinos del cervantismo para llegar al mayor conocimiento de la existencia de su héroe y a la mejor ilustración de sus obras; éste es en verdad el puro nacimiento de las aguas, que luego, en más de un siglo, -han- seguido -majestuosamente su curso, -modificando acá y allá su ruta, aumentando a cada paso su caudal, tornándose más limpias y más transparentes a medida que la crítica se depura y que surgen de todas partes los documentos...»

**

De suerte que si, gracias a los aludidos académicos Navarrete y Cotarelo, conocemos en todos sus interesantes pormenores el proceso, digámoslo así, de la obra cervantina del artillero-humanista en cuanto con la Academia Española se relaciona, para conocer lo que Ríos tenía trabajado de ella antes de 1773, forzoso será recurrir a otras fuentes.

¿Leyó don Vicente sus escritos en la Academia de la Historia? Es muy posible, puesto que era miembro honorario de ella desde el 4 de marzo de 1753 (esto es, veinte años antes de que lo fuera de la otra Academia); supernumerario en 15

de marzo de 1764, y de número en 10 de enero de 1772. Casi seguro es que tendría muy adelantado el trabajo que el año siguiente daba a conocer en la Española.

Dato fehaciente no lo tenemos, pero indicaciones de ello, sí, aunque un tanto vagas e imprecisas y, por ende, discutibles, bien que de todas suertes muy dignas de tenerse en cuenta. Ciertamente que Fernández de Béthencourt, en su elocuente oración conmemorativa, leída precisamente en la propia Academia de la Historia, nada apunta sobre tan interesante particular; pero, a nuestro juicio, los quince años de que habla Navarrete deben de referirse al tiempo que dedicó Ríos a estudiar la vida y las obras de Cervantes, y, por tanto, a que desde 1758 o poco después daría cuenta de sus trabajos en la Academia dicha. Sin embargo, Navarrete perteneció también a ella, y siendo esto así, no deja de resultar extraño, si el hecho fuera cierto, que al extenderse en consideraciones de todo género acerca de Ríos y su obra, no lo consignara.

Hay, por otra parte, una noticia concreta que nos suministra don Luis M. Ramírez y de las Casas-Deza, autor de una bien escrita biografía de don Vicente Gutiérrez de los Ríos, inserta en el *Semanario pintoresco español* del 4 de mayo de 1856, que dice así: «Leyó igualmente a esta sabia corporación (la Academia de la Historia) la *Vida de Miguel de Cervantes* que había trabajado por espacio de muchos años, en la que se hallan no pocas noticias interesantes de aquel ilustre ingenio, o no averiguadas hasta entonces, o no publicadas, entre las primeras, el descubrimiento de su patria, que probó de la manera más incontestable. A esta *Vida* siguió un *Análisis del Quijote* muy curioso, y un *Plan cronológico* para conocer el mérito de esta obra incomparable. La lectura de estos dos escritos ocupó asimismo varias sesiones de la Academia Española...»

¿Qué crédito nos merece el autor de estas líneas? Bastante, si tenemos en cuenta la puntualidad que caracteriza la abundante y estimable labor de tan estudioso escritor. Ninguna, si nos fijamos en que Casas-Deza confunde con el primitivo *Elogio histórico* la definitiva *Vida* y el *Análisis*, que ya es sabido que fueron posteriores a él. Por consiguiente, semejante noticia, o debe rechazarse de plano, o considerarse como una mera confusión, que tal vez tuviera su origen en la que también padeció el académico don Tomás Antonio Sánchez, autor del *Elogio histórico de don Vicente Gutiérrez de los Ríos*, leído ante la Academia Sevillana de Buenas Letras en 1779, el año precisamente de la muerte del escritor cordobés, ocurrida el 2 de junio. Después de afirmar Sánchez que aquél había dado conocimiento de su obra a la Academia de la Historia, añade estas terminantes palabras: «La lectura de la *Vida* y *Análisis* ocupó dignamente varias juntas de la Academia Española, y los individuos de este cuerpo confirmaron la justa estimación que de la misma obra habían hecho los de la Historia.»

Pero no; nada de esto se prueba documentalmente. Y, en cambio, podemos demostrar que si realmente Ríos leyó en la Academia de la Historia su trabajo, no pudo hacerlo en la forma de elogio histórico con que lo presentó en un principio a la Española, sino como memoria biográfica y bibliográfica que ya en 1770, es decir, mucho antes de su ingreso en esta última corporación, tenía casi concluída y había intentado imprimir de acuerdo con el editor don Antonio de Sancha, lo que se comprueba con la siguiente curiosa carta, en la cual sólo son autógrafas de Ríos las dos líneas que preceden a su firma, siendo el resto de mano de un mal tagarote, según se echa de ver de su disparatada ortografía:

Compra - venda de llibres antics i moderns

LLIBRERIA BALAGUÉ

Palla, 13 i 15 - Teléfono 25462

BARCELONA



Muy S.^{or} mio: por la de Vm de 26 quedo en la Ynteligencia de estar solvente nra quenta, y tamb.ⁿ enterado de lo que deseaba saver acerca de los retratos del Parnaso, sobre lo que hablare á Vm personalm.^e quando trate de hir disponiendo la Ympresion de mi obra.

Aunque las mem.^{as} de Cervantes son parte de otra obra que tengo quasi concluida, con todo en ehsequio de Vm no tendre reparo en separarlas p.^{ra} que se Ympriman al frente del Quijote con las sig.^{es} condiz.^{es}:

(Fol 2.) 1.^a „, el título á de ser el sig.^e Memorias de Miguel Cervantes Saavedra, sacadas de sus Escritos originales, de Documentos autenticos, y de Autores contemporanios, por D.ⁿ Vicente de los Rios Teniente de la Compañia de Caballeros Cadetes del Real Cuerpo de Artilleria.

2.^a ... Que estas Memorias las ha de aprobar ó censurar precisamente el Padre D.ⁿ Juan de Arabaca.

3.^a ... Que respecto á que dhas Memorias no es preciso se Ympriman antes que el Quijote, se me ha de avisar Ymediatamente quanto tiempo se me podra dar para que les ponga lo ultima mano; respecto de que aunque esta concluido todo lo que perteneze a la Vida de dho Miguel Cervantes que es lo mas dificil, falta algo de la cuarta parte de las espresadas Memorias donde se hace Juizio de todas las obras de dho Autor,

(Fol. 3.) 4.^a ... Que la Compañia de Ympresores y Libreros del Reino dara algunos exemplares de la obra ál Autor de las Memorias.

Espero Amigo que me responda Vm sin dilaz.ⁿ para que yo pueda concluir como se debe esta obra dejando otras en que estoi empeñado, como lo estare siempre en servir á Vm cuiu vida pido á Dios g.^e m.^s a.^s Seg.^a 28 de Diz.^{re} de 1770:

B. L. M. á Vm
su m.^s apas.^{do} Serv.^{or}
Vicente de los Rios

S.^r D.ⁿ Ant.^o Sancha.

De cuanto queda expuesto en los precedentes párrafos, escritos como contribución a la «Historia del Cervantismo» (que algún día se llevará a efecto por quien reúna, estudie y aquilate todos los datos hoy dispersos en multitud de monografías, notas, prólogos y artículos de periódicos y revistas), así como de otros antecedentes de que no se ha tratado ahora por ser de sobra conocidos, se deducen las siguientes conclusiones:

Que el nombre de don Vicente de los Rios debe figurar, en justicia, entre los más destacados humanistas de su tiempo, junto a los de Mayans y Siscar, don Juan de Iriarte, el P. Martín Sarmiento, Pellicer y otros preclaros varones que iniciaron los estudios sobre la vida y las obras de Miguel de Cervantes Saavedra.

Que en 1770 tenía Rios casi terminado su primitivo trabajo cervantino con el título que se consigna en la carta transcrita, y dividido en cuatro partes, la última de las cuales se consagraba al

juicio de todos los escritos del ingenio complutense.

Que a fines de dicho año y de acuerdo con don Antonio de Sancha, daba la última mano a su monografía, con el fin de imprimirla al frente de la edición de *El Ingenioso Hidalgo* que aquel editor se proponía publicar, como parece indicarlo la carta, que es, por cierto, uno de los documentos más antiguos en que se lee *Quijote* y no *Quixote*.

Que no se conocen los términos de la respuesta de Sancha ni los sucesivos trámites de este negocio; pero sí que no llegó por entonces a realizarse el proyecto, y que, al verificarlo en 1778, puso el editor al principio de su *Quijote* la *Vida de Cervantes* escrita por Mayans, un tanto anticuada ya y muy rectificada por descubrimientos posteriores.

Que aunque no esté probado documentalmente que Rios leyera su primer trabajo en la Academia de la Historia, no deja de tener ciertos visos de verosimilitud lo que afirma su amigo y colega don

Tomás Antonio Sánchez y repite don Luis M. Ramírez y de las Casas-Deza, escritores que son, al parecer, los únicos que tratan de este punto.

Que cuando en 1773 presentó Ríos su obra a la Academia Española lo hizo en forma de *Elogio histórico*, lo cual contradice la afirmación de Sánchez y Casas-Deza, por cuanto la *Vida* y el *Análisis* que dicen haber leído aquel en la otra Academia son muy posteriores al susodicho *Elogio*.

Que, por consiguiente, si la expresada corporación tuvo conocimiento del trabajo de Ríos, sería en la primitiva forma de *Memorias de Miguel Cervantes, sacadas de sus escritos originales, de documentos auténticos y de autores contemporáneos*, obra que el autor tenía casi terminada en diciembre de 1770.

Que Ríos, convencido por las atinadas observaciones de sus colegas de la Española, dió nueva y definitiva forma a su trabajo, para el que, sin duda, aprovecharía los materiales del ofrecido antes al editor Sancha; pero que el juicio que tenía formado sobre las obras de Cervantes lo substituyó por el *Análisis del Quijote*, razón por la que, desgraciadamente, se desconocen los términos de su crítica sobre los demás escritos del preclaro hijo de Alcalá de Henares.

Que aunque Ríos, según testimonio de Navarrete, al atender y aceptar las insinuaciones de sus colegas para que modificara su obra, sólo puso como condición que figurase su nombre al frente de ella, tal vez en los mismos términos que expresa en su carta al editor Sancha, la Academia se concretó a consignarlo en el prólogo a su edición del *Quijote*.

Que en dicho prólogo se disculpa la corporación de haber impreso el *Análisis del Quijote* con las siguientes significativas palabras: «Aunque la Academia no acepta como propias sus opiniones ni toma partido en ellas, conociendo sin embargo que está escrito con buen gusto, selecta erudición y mucho juicio, ha juzgado que era digno de publicarlo...» Y, en efecto, así lo hizo, no sólo en su primera edición, sino en las subsiguientes de 1782 y 1787, y aún en la de 1819, dirigida por don Martín Fernández de Navarrete.

Y que la opinión académica no pudo ser conocida de Ríos, quien, por haber muerto el 2 de junio de 1779, no llegó a ver la edición completa, que salió al público el año siguiente.

*
**

Tales son los datos, antecedentes y apreciaciones que me ha parecido oportuno reunir en un artículo, relativos al gran cervantista de antaño don Vicente de los Ríos, todo lo cual podrá tal vez modificarse y, de seguro, ampliarse el venturoso día en que alguien descubra nuevos documentos, ya sean cartas, ya otra clase de papeles, propios para acabar este esbozo de tan interesante personalidad, que ha de ocupar un honroso capítulo en la «Historia del Cervantismo» con que soñamos los aficionados a estos estudios.

LUIS MAFFIOTTE

Correspondiente de la Academia
de la Historia

Madrid, 25 de octubre de 1932.



Interlíneas a un autógrafo Cervantesco

A mi amigo, el ilustrísimo señor y no menos preclaro cervantista, don Luis Maffiotte.

El autógrafo a que me refiero es de un joven desconocido. Creo que es un estudiante de leyes. El curso pasado, 1931-32, figuró como alumno de la Literatura española, de la que es catedrático don Juan Hurtado y Jiménez de la Serna, en la Universidad Central de Madrid. Se llama dicho estudiante don Antonio Viñes y Martínez, y no sé en qué lugar de la Suiza española, Galicia, ha nacido.

Lo interesante es manifestar como ha llegado a mi poder su autógrafo y el efecto excelente que me ha producido, como de seguro producirá en quien lo leyere.

Otro catedrático de la misma Universidad, el de literatura árabe-española, miembro de la Academia de la Historia, colaborador del señor Hurtado en la *«Historia de la Literatura Española»* y profesor auxiliar de esta misma asignatura, don Angel González Palencia, pocos días ha me prestó unos libros de su biblioteca, de gran interés para uno de mis trabajos literarios. En uno de ellos venía doblada por la mitad la siguiente cuartilla, cuya copia se acompaña. Véase, pues:

«LITERATURA ESPAÑOLA

¿Qué novela ejemplar de Cervantes me agradó más...?

I. Difícil es, a mi parecer, el emitir un juicio imparcial acerca del valor de una de esas novelas, que le haga elevarse por encima de sus once compañeras. Así como, entre un conjunto de hermosos diamantes, es casi imposible, para el no experimentado, señalar cuál es más bello; de la misma forma, yo, profano en materias literarias, véome obligado a dictaminar la primacía de una determinada novela, magnífica por todos conceptos, sobre otras, maravillosas también. En fin, intentaré hacerlo, empleando mi facultad precariamente estimativa, para dar una contestación, equivocada quizás, a la pregunta que arriba se enuncia.

II. Según creo, es *«Rinconete y Cortadillo»* la de lectura más agradable: su vivo diálogo; depurado lenguaje, pletórico, sin embargo, de casticísimos dicharachos de aquel tiempo, que la avaloran, aumentando su valor filológico y folklórico; animadas escenas; bien dibujados aguafuertes literarios, llamémosles así, de las costumbres de la época de su autor; unido esto a la precisa des-

cripción de personajes, tanto en su vestimenta y aspecto físico, como en su pícaro psiquismo; acción meditada de forma perfecta y no menos bien desarrollada, etc., hacen de la novelita un modelo entre las de su género y un dechado de amenidad. Nada tiene que desentone de lo que le antecede, ni supere a lo posterior: todo es uniformemente bello y acabado, con una uniformidad que la hace más perfecta aún. Los únicos defectos que le achaco son: en primer lugar que, para desgracia del lector, la obrita concluye demasiado pronto, es corta. Cuando uno, embelesado, se compenetra con Rincón y Cortado, picarillos por su edad, picarísimos por sus acciones, y comienza a comprender la «bondadosa» villanía de Monipodio y el espíritu de rapiña justiciera en el reparto, no en los medios (recuérdese la especie de almoneda de las cuchilladas), espíritu entre noble y canallesco, honrado y de latrocinio, que impera en el microcosmos que los prosélitos de Caco, reunidos en un corral, forman, entonces es cuando el inmortal Cervantes corta la narración y da al decepcionado lector, como compensación, la esperanza de una segunda parte que, en perjuicio de las buenas letras, jamás llegó. En segundo término, adolece también de que, contra lo que el autor promete en el prólogo, nada tiene de ejemplar, sino que, por lo contrario, ante el panorama de la impunidad en que los ladronzuelos de mayor o menor cuantía se encuentran, saca el lector como consecuencia que, o los golillas eran muy tontos, o los pícaros muy listos, cosa esta última la más probable, y como éstos triunfan siempre, es, empleando un simbolismo, la subordinación de la justicia humana a los manejos y perversamente avisadas inteligencias de los hampones, cofrades de la «Hermandad» de Caco, cuyo «supremo sacerdot» es el sin par Monipodio. Este carácter que predomina en la obra, a la vista está que nada tiene de ejemplar.

III. Resumiendo: a pesar de todo, puede conceptuarse al *«Rinconete y Cortadillo»* como una de las mejores, bien escritas y agradables novelas picarescas, pues en esta clase creo yo debe ser incluida, ya que no como la más excelente de las ejemplares, pues, según lo dicho, ninguna buena enseñanza ni sabio consejo puede de ella sacarse. No entro en consideraciones acerca de las restantes novelas, por no abarcar a ellas la pregunta que

originó estas impresiones personales, más o menos erróneas, transcritas imperfectamente en esta cuartilla.

Antonio Viñes Martínez

Madrid, 15 de marzo de 1932.»

El único defecto de este autógrafo no está en que su autor sea joven y desconocido, sino en que las *bes* parezcan *eles*; por ejemplo: en el párrafo segundo (II) parece que escribe en la primera línea «lectura más *agradalle*» por «lectura más *agradable*». Alguna *be* está bien escrita, pero la mayor parte son *eles*, como más abajo, «entre *nolle* y *canallesco*» por «entre *noble* y *canallesco*». Los puntos están muy distanciados de su lugar; las *erres* las escribe de dos maneras; por con aparece *em*; por *sino*, *ucio* (II), y al final del párrafo tercero (III) el «*más o menos erróneas*» puede leerse «*más o menos enonias o erronias*».

Estas pequeñeces manuales no desvirtúan la aplicación y estudio serio del señor Viñes, que ha coincidido con mi gusto... y con el de otros muchos lectores de Cervantes. No sé si el autor del autógrafo trató de documentarse y orientarse con el código de todo buen cervantista, con la «*Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*», del catalán ilustre don Leopoldo Rius y Llosellas. Supongo que no. El tema se circunscribía a emitir una opinión en pro de una de las «*Novelas Ejemplares*». Mas hay que advertir tal lectura influenciada por la sintética monografía cervantina de los señores Hurtado y González Palencia, quienes, después de describir «*Rinconete y Cortadillo*» con su rico colorido y enumerar cuantos textos acreditan la verdad artística de aquel cuadro sevillano asombroso, reproducían, y reproducen ahora en la página 486 de su tercera edición de la «*Historia de la Literatura Española*», cuál era la última palabra del análisis y síntesis del mejor de nuestros paleógrafos, de don Marcelino Menéndez y Pelayo:

«Corre por las páginas del «*Rinconete*» una intensa alegría, un regocijo luminoso, una especie de indulgencia estética, que depura todo lo que hay de feo y de criminal en el modelo, y, sin mengua de la moral, lo convierte en espectáculo divertido y chistoso. Y así como es diverso el modo de contemplar la vida del hampa, que Cervantes mira con ojos de altísimo poeta y los demás autores con ojos penetrantes de satírico o moralista, así es divergentísimo el estilo, tan bizarro y desenfadado en «*Rinconete*», tan secamente preciso, tan acéradamente sobrio en el «*Lazarillo*», tan cru-

do y desgarrado, tan hondamente amargo en el tétrico y pesimista Mateo Alemán, uno de los escritores más originales y vigorosos de nuestra lengua, pero tan diverso de Cervantes en el fondo y forma, que no parece contemporáneo suyo, ni prójimo siquiera.»

Esta jaculatoria bastaba al señor Viñes, así como adaptar su estudio cervantesco al reflejo de sus profesores. Tres partes abarca en su autógrafo: exordio, análisis y síntesis. El exordio reclama indulgencia; el análisis es cuantitativo y calitativo; la síntesis rehuye el esbozo comparativo de las novelas picarescas.

Debemos ser indulgentes con un muchacho que, no pasando de los diez y ocho años, no sólo redacta bastante bien, sino que utiliza un joyel de piedras preciosas, tantos diamantes deslumbradores como son en número las «*Novelas Ejemplares*», para mostrarse sorprendido del brillo de tantas facetas artísticas como de la dificultad incuestionable de enfocarnos, a modo y manera de una linterna mágica, tan sólo las que mayores raudales de luz desprendan como constelaciones o joyas literarias. De modo que el exordio es un acierto.

En el análisis del «*Rinconete*», lo cuantitativo es más deficiente que lo calitativo. El señor Viñes, agobiado por la imprescindible circunstancia de tener que ser breve, dejó en el tintero todo análisis comparativo. Le faltan años, experiencia y estudios más dilatados para comparar, es una hipótesis, *Rinconete* y *Cortadillo* con *Avendaño* y *Carriazo*, de «*La Ilustre Fregona*», aun siendo de opuesta índole moral. Es más: el espíritu aventurero de todos ellos, como el de «*Las Dos Doncellas*», «*El Licenciado Vidriera*», el protagonista de «*El casamiento engañoso*», el Loaysa de «*El Celoso Extremeño*», etc., en todas dichas obras brilla con luz propia, sea o no a lo picaresco y a lo desenfadado. Si el «*Quijote*» resultó ser, según Menéndez y Pelayo, un *Amadís* de Gaula a lo ridículo, y el «*Persiles*» una floración romántica de románticas aventuras, romanticismo de que se hizo eco Farinelli en «*El último sueño romántico de Cervantes*», aventuras y más aventuras encontramos en «*La Española Inglesa*», en «*La fuerza de la sangre*», en «*La señora Cornelia*», «*La tía Fingida*», «*El Amante liberal*» y en el mismo «*Coloquio de los Perros Cipión y Berganza*». El propio Cervantes, cautivo en Argel, se retrata en «*El Cautivo*», en «*El gallardo español*» y, en términos generales, en «*El Amante liberal*».

Lo cuantitativo y lo calitativo del señor Viñes se refiere únicamente al arte cervantino. Como

está falta el análisis de toda comparación, es imposible que detalle cuántas y cuáles son las subjetividades de la idea madre de aquellas aventuras sin término, cómo se subdividen gradualmente, no en la emoción estética, propia de los atributos calitativos, sino en un sinnúmero de ilustraciones y derivaciones, y en qué forma inconsciente quizás degeneraron, como nos dijo en su discurso de recepción el poeta y académico de la lengua Manuel de Sandoval, que acaba de morir.

Todo lo demás, en pleno dominio del arte, está bien definido por el señor Viñes. Me place sobremanera reconocer que «*Rinconete*» es obra de reducidas dimensiones, lo cual no impide para proclamarla como una joya. Cervantes, acaso por su vida azarosa, propendía al «se continuará». Recuérdese «*La Galatea*»; recuérdense los dos tomos del «*Persiles y Sigismunda*» y el mismo tomo segundo de «*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*». ¿Quién sabe si Avellaneda, con su obra apócrifa, fué causa directa, como lo hubo de ser en el cambio y mutación de ciertas peripecias quijotescas, para que muriera don Alonso en su cama, después de recobrar toda su lucidez mental!

Tantas afinidades y relaciones cabe establecer entre unas y otras de las obras de Cervantes, que, al discurrir el señor Viñes y andar en discreteos sobre la justicia en tiempos del lisiado en Lepanto, prescindiendo de lo mucho y bien que hablaron sobre dicho tema los señores Salcedo y Puyol en el «*Estado social del Quijote*», Cipión y Berganza le colmarán las medidas. Por lo tanto, en «*Rinconete*», espejo fiel de las costumbres picarescas de Sevilla, vemos la misma péñola que pintó la relajada sociedad española en el «*Coloquio*», en «*El Licenciado Vidriera*», etc.

Respecto al título de «*Novelas Ejemplares*», sin establecer distingo alguno sobre lo que dijo de su moralidad Cervantes mismo, escudémonos con la hipótesis del autor de los «*Heterodoxos*»... ¿Qué nos va, ni qué nos viene con móviles ocultos, ni con emponzoñadas saetas? Lo innegable, como resume el señor Viñes, es que «*Rinconete y Corta-*

dillo» es una de las mejores novelas picarescas, novela de pura invención y sin ninguna reminiscencia italiana, decimos nosotros, y en lo que tanto para la atención don Américo Castro en su obra reciente «*Cervantes*», (obra escrita en francés, y de la que me ocuparé en la «*Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*», del Ayuntamiento de Madrid.)

Dicho esto, y para acusar recibo de la segunda edición de «*¡Se lee mucho a Cervantes!*», de don Francisco Rodríguez Marín, sólo nos resta decir, después de haber jaleado en «*La Esfera*» el humorismo del anotador cervantino, no el de considerar en la dedicatoria que hay hombres que ladrar, que Eduardo Gómez de Baquero y Roberto Castrovido, dando respuesta afirmativa, probaron que vendiéndose mucho las obras cervantinas forzosamente habría de ser muy leído el «*Regocijo de las Musas*».

El señor Rodríguez Marín tan sólo ha hecho cuatro ediciones, tres críticas, del «*Quijote*» y crecido número de folletos cervantinos. Ello quiere decir que quien compra tales libros va engolosinado tras de la lectura del hijo de Alcalá y del hijo de Osuna. La prueba está que las «*Memorias de Cervantes*» de Atanasio Rivero en «*El Imparcial*», le amargaban como las tuéras al ironista andaluz por la gran difusión que entonces tenía el citado diario.

Quiso decir el señor Rodríguez Marín, con el ánimo deliberado de poner en buen lugar a sus compradores, que no todos le estudian a Cervantes. Tanto, es mucho decir; aunque en el número de junio próximo pasado el «*Boletín de la Academia Española*» un cervantómano, «de cuyo nombre no quiero acordarme», haya hablado del «*Quijote en Barcelona*» como si yo hablara de los anteojos, «como huevos estrellados», de Cervantes.

Más justo es ocuparse de los que leen y estudian a Cervantes, como el señor Viñes, con todo amor. Y hay que confesar que cervantófilos y cervantistas constituyen una falange mundial en gran número.

AURELIO BAIG BAÑOS



Los elementos

(Aire, Fuego, Tierra, Agua)

A mi eminente maestro en cervantismo don Juan Suñé Benages.

EL AIRE

En su gran redondez la Tierra envuelvo;
me mezcó sobre los inmensos mares;
a mi capricho cruzo los dispares
continentes, y en ellos me revuelvo.

Si mi hálito en los Polos es helado
ardo en el Ecuador. Si dulcemente
me muestro suave, dócil y riente,
soy el encanto del ameno prado.

Que yo de Fray Luis el huerto oreo
y ofrezco mil olores al sentido,
y del oro y del cetro pone olvido
el son con que los árboles meneo (1).

Si pequeños alados por mí cruzan
el águila y el cóndor me sacuden
con portentosas alas cuando acuden
a caza que con hambre desmenuzan.

Del hombre fuí la meta; sus afanes
por mi conquista fueron siempre eternos
en pruebas y en ensayos sempiternos,
sin miedo a mi poder ni a mis desmanes.

¡Y al fin me conquistó! Máquina alada
me cruza velozmente, fragorosa,
incansable, potente y orgullosa
de un continente a otro se traslada.

Y de un vuelo traspasa el Oceano;
no teme mis rigores, mis azares;
anuló la distancia en tierra y mares
el poderoso entendimiento humano.

Largo tiempo oculté mi onda hertziana
pero al fin la arrancaron de mi seno.
De Polo a Polo va el sonido lleno,
de Polo a Polo va la voz humana.

¡Mas ay, cuando furioso yo cabalgo!
¡Ay, cuando me sacudo con enojo!
¡Ay, cuando airado la rienda cojo
y a mar y tierra dios Eolo salgo.

Fustigo el mar con fuerza sempiterna;
las olas se levantan cual montañas;

(1) Glosa de una estrofa de Fray Luis de León. Oda «La vida tranquila».

al soplido feroz de mis entrañas
hunde las naves la mortal galerna.

Y al convertirme en aspirante bomba
con mi espiral absorbo la onda brava,
mi paso la mancilla y la socava
en horrorosa aterradora tromba.

Salta la fuerte mar los rompeolas
emergiendo las peñas a su paso,
y con horrible estrépito y fracaso
las costas baten las revueltas olas.

Ennegrecidas por las nubes hoscas
van las ondas de espuma coronadas;
por mi constante ímpetu empujadas
mueren rugiendo entre las peñas toscas.

Y dejo el mar y entro en la tierra llana
en aquilón, en huracán furioso;
torno en tifón, horrendo y espantoso,
en vendaval, simún y tramontana.

Los bosques en saludo se me inclinan;
parto doquiera los añosos troncos;
al brusco son de mis rugidos roncós
las cervices se encogen y declinan.

Silbo por las rendijas furibundo;
se arrolla en espirales la hojarasca;
al respirar el hombre el polvo masca;
¡parece que conmigo fine el mundo!

Al terminar mi hazaña me recreo
y al huerto de Fray Luis vuelvo... y oreo.

EL FUEGO

Tiembla, humano mortal, tiembla a mi vista;
turbé tu sueño en la callada noche;
gobierno trepidante el ígneo coche;
a mi sede de horror no hay quien resista.

¡Oh, paso, paso a la terrible llama!
Ya nada me detiene en mi carrera;
ataco; yo destruyo como fiera
que, por matar, airada ruge y clama.

Cambio el color del estrellado cielo
antes de bello azul, ahora rojizo

rayado por el negro y el plumizo
humo, que de subir siente el anhelo.

Que yo de negro humo me coronó
y me ciño en las sienes la escarlata
de flamígera llama que dilata
serpenteante su inflamado tono.

Mi carro triunfal no hay quien amarre;
llevo la destrucción en mis entrañas;
no te valdrán artificiosas mañas;
mi ímpetu feroz todo lo barre.

Bien oigo tus campanas de rebato,
bien tus gritos, tus llantos, tus clamores,
veo cual tiembblas ante los horrores
con que a mi paso pulverizo y mato.

Yo soy aquel que allá en Alejandría,
de civilización ilustre Meca,
quemé un día grandiosa biblioteca
de Omar la estulta mano haciendo mía.

En hórridos volcanes yo me ufano;
mis llamas brillan con su fuerza brava
y bajo el manto de mi grísea lava
yo sepulté Pompeya y Herculano.

Que yo soy la fatal fuerza inconsciente.
¡Ay, pobre Humanidad cuando ella asoma!
¡Yo convertí en pavesas la gran Roma,
de sus siete colinas frente a frente!

... ..
¡Tiembla, humano mortal, tiembla a mi vista!
¡A mi sede de horror no hay quien resista!

LA TIERRA

¿Soy la hija del Sol? Como él fui llama
siempre obediente a mi trazada elíptica;
atraída por fuerza apocalíptica
ardí en fuego que aun mi entraña inflama.

En orden sideral, en lo profundo
de inmensa nebulosa, fui brillante
hasta que Dios me señaló el instante
de extinguirse mi ardor y ser un Mundo.

Al enfriarme se formó mi costra;
si un tiempo estéril fué después fecunda;
condensadas las nubes ya me inunda
el agua que en mis flancos se me postra.

Contenida en mis hórridos abismos
se formaron mis mares procelosos
y ellos son testimonios rumorosos
de los innumerables cataclismos

con que hice resurgir de mis entrañas
las altas encrespadas cordilleras,
que muestran orgullosas y severas
la larga procesión de mis montañas.

Mi costra fué el nidal de las semillas
que en sus fermentaciones me poblaron
de las vegetaciones que llenaron
de los ríos las fértiles orillas.

Las selvas y los bosques y los prados
me dieron verdeante cabellera;
me mostré soberana, bella y fiera
bañada por los cielos azulados,

por el aire que rauda me acaricia
que en los llanos y cumbres rumorea
y que al calor del Sol dulce me orea
con perennales besos de delicia.

¡Yo fui por Dios la electa! ¡El fué el que quiso
cederme el galardón con que me ufano
y a Su Alto Mandato Soberano
en mí su sede tuvo el Paraíso!

¡Y fui de Adán la cuna! ¡Y de él Eva
surgió esplendente, plácida y hermosa!
¡Oh, donación del cielo generosa!
de allí la Humanidad su origen lleva.

El poder cerebral en el humano
desarrolló sus poderosas trazas
y fui invadida por intensas razas
cual distinto color es un arcano.

Tras incesantes luchas, sempiternas,
por la caza, por la hembra, por el fruto,
presenció el exterminio del hirsuto
del feroz morador de las cavernas.

Y aparecieron civilizaciones:
Asiria, Egipto, Grecia, China, Roma,
no dejaron ni llano ni alta loma
do el humano saber no diera dones.

Y de mi costra posesión tomaron
urbes inmensas, pueblos y ciudades,
y pasaron las Eras, las Edades,
y todas maravillas levantaron.

Y la más grande gloria que revisto
fué sostener una Figura Santa
cuando me vi pisada por la planta
del Divino Jesús, de Jesús-Cristo.

... ..
Pero en mi centro quedan, me reclaman,
mis llamas de lumínico aborigen.
Del Angel Malo el reino es el origen
donde las almas pecadoras claman.

Sufro el tormento de los cataclismos
que mis entrañas hórridos sacuden
y no encuentran espacio cuando acuden
a dejar de mi seno los abismos.

Me estremezco, retiemblo, y el ignoto
empuje que en lo hondo se produce
se propaga a mi costra, se conduce
en horrendo espantoso terremoto.

Soy la desolación, soy el estrago.
No me importa palacio o falansterio;
derrumbo el solitario cementerio,
vomito muertos si a los vivos trago (2).

Resquebrajo las altas catedrales;
hundo de los hogares las techumbres;
destruyo bases y derrumbo cumbres;
aplasto al racional e irracionales.

Me acompañan ruidos temerosos
y al nerviosismo de mi periferia
esparzo el dolor, el luto, la miseria,
desolación y llantos clamorosos.

¡Que soy el terremoto, soy el sismo;
mi presencia es horror de los horrores;
mi duración terror de los terrores;
el más fiero y terrible cataclismo!

... ..
¡Mas fuí por Dios la electa! El fué quien quiso
que, en mí, tuviese sede el Paraíso.

EL AGUA

¡Cuán ancho y sosegado pasa el río;
cómo en su cinta de brillante plata
la luna esplendorosa se retrata;
cuán hermoso el paisaje, cuán sombrío!

Del largo puente cruza las arcadas
y se percibe como en suave arrullo
de las aguas dulcísimo murmullo
en las orillas quietas y calladas.

Perfecta imagen de la vida humana
él viaja, viaja fatalmente:
nace en el alto manantial riente
para morir del mar en tumba llana (3).

¡Oh, salve, salve río rumoroso!
A tu fecundo paso el campo bebe;

(2) Frase de don Emilio Castelar en uno de sus magnos discursos.

(3) Recordando la copla de Jorge Manrique:
«Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en el mar,
que es el morir...»

ya te deslizas dulce, suave, leve,
ya saltas el barranco clamoroso.

Ya detiene tus aguas el pantano
cerrado por fortísimas compuertas,
pero la Industria manda abrir las puertas
y derramas tu impulso soberano

para herir con tu esfuerzo las turbinas
que a su rodaje Fuerza y Luz producen
y a lejanas distancias las conducen
al mandato de mentes peregrinas.

... ..

Pero un día remuzga en horizonte:
del rayo y del granizo van preñadas
las nubes que en lo alto amontonadas
la cima rozan del lejano monte.

La tormenta presenta la batalla;
el relámpago brilla y resplandece;
la obscuridad en el espacio acrece;
retumba el trueno cuando el rayo estalla.

Y los «mares aéreos» descargan (4)
el fuerte diluvio sobre la tierra;
se deslizan las aguas de la sierra
los lechos de los ríos más se cargan.

El agua ya no coge en las riberas,
las rebasa y se esparce fragorosa
invadiendo los campos tumultuosos,
los pueblos, las dehesas, las praderas.

Crece, se ensancha el río desbordado,
iracundo, terrible e inclemente;
cunde la alarma; la espantada gente
busca su salvación. El desolado

cuadro de horror impone y acobarda.
Y las aguas arrastran con su empuje
vidas y haciendas. La tormenta ruge.
¿Y su fin, dónde está? ¡Oh, cuánto tarda!

¡Que Dios la salve de Moisés la cuna
a merced de la rápida corriente,
do el infante navega sonriente
mientras llora la madre sin fortuna!

... ..

¡Volverá a pasar suave el ancho río
y volverá el paisaje bello... umbrío...!

ERNESTO JAUMEANDREU OPISSO

(4) «Mares aéreos» llamó a las nubes tempestuosas el meritísimo publicista Don José de Zulueta Gomis.

Notas

Los ideales de los pueblos en relación con el Arte

PROPÓSITO

Señoras, señores: Ningún lugar más adecuado que el Círculo Artístico de Barcelona, acogedor siempre de toda manifestación de cultura, para exponer un tema de tan amplio contenido espiritual como el de los ideales de los pueblos en relación con el Arte.

Si en su desarrollo ha pesado mucho el temor a la opinión que podría merecer al ilustre auditorio que nos escucha, hemos escrito, en cambio, con la satisfacción de que seríamos plenamente comprendidos.

En esta fecha está justificado el tema. Conmemoramos hoy el natalicio de un genio que la Humanidad hizo suyo, el gran Miguel de Cervantes, y creemos que el mejor homenaje que podemos dedicar a su recuerdo es difundir en actos como éste la noble aspiración a ver realizada en Barcelona, tan espléndidamente sembrada de suntuosos monumentos, la erección del que es deuda y fuera orgullo de la ciudad: el del más entusiasta cantor de sus virtudes.

Esta misión, sin embargo, queda reservada a nuestro ilustre Presidente don Juan Suñé, quien con sus grandes conocimientos reflejará el afecto por Cataluña del manco insigne, y seguirá sus pasos por ella, haciéndole vivir un momento entre nosotros. A nuestro objeto basta únicamente que el nombre de Cervantes, como altísimo representante de un ideal, presida e inspire esta visión de Arte.

Vamos a tratar de los monumentos, especialmente de la escultura, considerándolos como elemento activo en el desarrollo de las antiguas civilizaciones y como valor espiritual de la época presente, atenta siempre a los hechos gloriosos de la Historia y al Arte en sí como fuerza impulsora del progreso.

Naturalmente que, por razón de tiempo, habremos de limitar el propósito a perfilar un sucinto bosquejo falto de erudición, tendiendo no más que a producir las sugerencias de compenetración con nuestra idea. De todos modos, a través del rápido desfile de múltiples formas encarnadas en la dura piedra, podremos ver, en cada pueblo, la persecución tenaz de un ideal.

CULTURA Y ARTE

Porque sabemos que los monumentos, como representaciones perennes de grandezas, son tesoro inapreciable de los pueblos que los ostentan, cabría deducir que la conservación de los mismos da la medida de la sensibilidad artística y de la capacidad intelectual de sus hombres en el presente, así como en la historia señala el grado de cultura; y a la inversa, que un pueblo indiferente al Arte y al pasado, sin visión del futuro, es un pueblo dormido. No basta que la Historia, con toda su elocuencia, esté escrita: es preciso tenerla presente, petrificada, como símbolo, honor y ejemplo.

Al contemplar las obras romanas, puentes, arcos y acueductos, estatuas, sepulcros y sarcófagos, ruinas inclusive ¿no sentimos la interior satisfacción de poseerlas?

Cada nueva creación es un fragmento viviente de la Historia, hoy quizás sin importancia, revelando después; en la quietud del mármol habla el tiempo extinguido, hablará el nuestro con el lenguaje rítmico y fatal del minuto que pasa acumulando siglos. Vive allí y vivirá el espíritu del tiempo, del mundo y de la vida en ansia de inmortalidad. De aquí la doble misión de la cultura: atender la necesidad práctica y señalar sus derroteros al espíritu. No basta crear cultura por el prurito de poseer una cultura superior; porque aunque algunos filósofos digan que «el objeto de la vida es la cultura individual y colectiva», la cultura no es un fin: es el medio para alcanzar el verdadero ideal que presentimos, dirigido por una fuerza espiritual innata en el hombre e inmutable, que insensiblemente le lleva a la perfección moral, al conocimiento de la Naturaleza, no absoluto, porque para las ciencias y las artes en todo tiempo habrá un más allá que seguirá brindando sus misterios a la actividad humana.

Cultura es ciencia y arte, pero también moral, porque sin ella no los comprenderíamos: el amor, el desinterés, el sacrificio, tantas veces plasmados por el Arte, no son sino formas de la Moral única que vive en la propia Naturaleza. Los poetas, los pensadores, los artistas, por la virtud creadora de la forma nueva, son los llamados a encauzar el

ideal; en ellos reside la máxima actividad espiritual (inteligencia, sentimiento, voluntad) que se armoniza en lo más íntimo y crea la base de todo conocimiento. El Arte, integrado por todos los elementos de la cultura, es la más alta expresión de ella; en sus obras queda grabado el desarrollo de toda ideología en el tiempo, y, perplejos en la contemplación no sabemos qué admirar más, si la belleza del pensamiento o la bella materialización del mismo. La finalidad del Arte quedó expresada admirablemente en este concepto de Krause: «hermosear todas las cosas y supremamente la vida de la Humanidad y aun de la Naturaleza, merced al cultivo estético de la Tierra, hasta hacerla bella morada de una Humanidad también embellecida».

LA BELLEZA, VERDAD SUPREMA

Lejos de la verdad científica, fuente experimental, materia al fin, vive el mundo ideal de la belleza, que percibimos en las notas musicales, en la forma escultórica, en el lienzo, cuando el artista logra apoderarse de alguna parte de ella. En algo más, sin forma, ilimitado, la percibimos también: tal es la belleza infinita que reside en la serena armonía de las cosas, en el orden espacial, en la vibración etérea, en el espectáculo de la Naturaleza, en la acción y reacción incesantes del Universo. Como partícula inseparable de este infinito el ser pensante actúa de acuerdo con él y sigue la ley natural que le brinda una existencia ideal sublimemente bella. De aquí proceden los fundamentos generales de la Estética: proporción, uniformidad, armonía, orden, aun en los contrastes más visibles. ¿Qué otras leyes podía seguir el hombre, perplejo ante espectáculo tan maravilloso?

Allí donde falte la bondad encontraremos la belleza imponiéndola, no ya en forma tangible sino instintivamente por la poesía sutil que de ella se desprende, y que elevando la moral convierte nuestra admiración en fervoroso culto a la Naturaleza. De ahí a la Religión no hay más que un paso. Religión diversiforme en todo tiempo, pero constante en su dirección espiritual; esa fuerza que impele, agita y apasiona al hombre no es sino el ideal de los pueblos, del cual se nutren la Ciencia y el Arte. El ejemplo de las obras monumentales del pasado nos mostrará el desenvolvimiento de la escultura, inseparable de ese ideal eterno perseguido por el mundo que, en su pequeñez, es probable no llegue a alcanzar nunca definitivamente.

LA ESCULTURA EN LA HISTORIA

Desde la más remota Antigüedad el Arte, puesto al servicio de los ideales de los pueblos, fué el vehículo que transmitió su espíritu y su cultura de generación en generación, sembrando y recogiendo sucesivamente, acumulando esas partículas que constituyeron el todo admirable de la cultura moderna, tras una lenta evolución. Como hoy, el Arte contaba con varios medios de representación, entre ellos la escultura, la más antigua como más impresionista por la realidad efectiva de sus tres dimensiones. Los pueblos de Oriente son los primeros en cultivar esta forma del Arte. Sus orígenes debemos buscarlos en la Mesopotamia y en la India, algunos milenios antes de Jesucristo. En esos remotos tiempos, a pesar de la existencia de civilizaciones muy desarrolladas, la filosofía no había encontrado su camino; la concepción del mundo tiene su más libre expresión en la representación de mitos diversos productores del bien y del mal, que no son sino engendros de inteligencias obsesionadas por la superstición, a falta de otras direcciones del pensamiento, lo que no deja de marcar una etapa interesante en la lucha por el conocimiento imposible de la relación entre el cuerpo y el alma. El hombre se considera perfecto y no piensa más que en el modo de alejar los malos espíritus. La representación de la bondad del hombre fué la finalidad artística. Persia, Asiria y Fenicia, poniendo toda su actividad en el culto a las divinidades, crearon ya obras sorprendentes. Egipto, a su vez, cultiva un arte grandioso: las pirámides, las esfinges, las estatuas de los faraones son la obra colosal y eterna levantada al culto de los dioses y de los muertos, de una civilización desaparecida pero siempre presente en esos monumentos. En cada piedra, más que los jeroglíficos hablan los tiempos milenarios en el lenguaje mudo que todos entendemos. No nos admiran ya las proporciones, sino esa otra grandeza imponderable de lo que fué y es hoy.

La sumisión a los dioses del Cielo, de la Tierra, del Sol, del Aire y del Agua, la lucha contra el espíritu maligno, crea formas escultóricas diversas que van desde la exaltación humana al más acentuado zoomorfismo. Ellos realizaron su ideal y dejaron expedito el camino al arte de Occidente.

Muchos siglos después surgen los grandes reformadores en la China y en la India: Confucio, diciendo: «Si nos falta tiempo para conocer nuestra existencia en el mundo ¿por qué preocuparnos de lo que no vemos?»; el brahmanismo

reformando la religión de los vedas; Buda, derribando ídolos y convirtiéndose en ídolo a su vez, dan lugar a encontradas religiones que se disputan la posesión de la verdad de la vida y del más allá, creando fuentes de energía espiritual, teorías filosóficas que habían de reflejarse en el Arte. Las imágenes sobran; el animal sagrado campea sobre columnas colosales y mil formas monstruosas triunfan.

La escultura oriental influyó grandemente en los comienzos del arte griego; pero siguiendo su evolución vemos la tendencia a la creación de formas propias, lo que consiguió de modo espléndido. Durante el mando de Pericles, gran amante de las artes y promotor de numerosos monumentos, la escultura griega llegó a su más alto grado de perfección. Embellecer la vida y ennoblecerla sin preocupaciones ultraterrenas, fué el ideal; sus medios, la cultura física, intelectual y artística. Bajo esta ideología se consiguió la creación de la figura humana en forma de atletas y divinidades, de modo incomparable. Los nombres de Mirón, Fidias, Policleto, Praxiteles, Scopas, Lisipo y tantos otros tan familiares, son los representantes de aquellas escuelas griegas cuyas obras habían de servir al mundo de modelo perpetuo, como sirvieron las ciencias, la literatura, la elocuencia, el pensamiento. Los grupos de frontones, los frisos, los escudos, bellas ruinas de arquitecturas en desplome, son joyas codiciadas por los museos del mundo, ruinas que como el Partenón y la Acrópolis recibirán su homenaje eterno. ¿Quién no oyó hablar de las ruinas de Pérgamo, Olimpia y Delfos, de Troya, Micenas y Tirinto, como de cosas sagradas?

No es sorprendente, pues, que ante un arte excepcional, base firmísima para el desarrollo posterior, los romanos asimilaban el arte de Grecia, después de sometida al Imperio, apoderándose de sus mejores obras y copiándolas de modo esplén-

dido también. En sus monumentos está toda la historia de Roma: en arcos y columnas, en las innúmeras estatuas de los emperadores, en los monumentos alzados a los triunfos guerreros, a los héroes, a los dioses, alientan los ideales de varias centurias. El Arte no perdió nada, y por el contrario, una de sus conquistas fué la fidelísima reproducción escultórica de personas y objetos.

La desmoralización de la sociedad romana contribuyó en gran parte a la expansión del Cristianismo, y pronto la nueva religión lo invade todo. El Arte de la Edad Media no tiene más finalidad que el mayor esplendor del culto ni más objeto que las iglesias y los santos. Todo gira en torno a la cruz y a la salvación de las almas: en los monogramas de Cristo, en la paloma y el cordero, en las ramas de laurel y olivo, en las imágenes después, junto a símbolos diversos, está concentrada la atención del arte escultórico. Lo clásico se mira con desdén. La historia no existe más que para la creación del mundo y para la epopeya cristiana. Diríase que los siglos avanzan penosamente bajo el peso de las gigantescas catedrales románicas y góticas después, sin dejar paso a otras corrientes del espíritu. Pero nosotros recogimos el fruto de esas épocas en los relieves de los monumentos funerarios, en las soberbias decoraciones interiores, en los claustros, en los retablos y en los pórticos, abundantes en figuras sagradas, como reliquia de la inteligencia.

Una bella paradoja se nos presenta al enfocar el Arte del Renacimiento: la Antigüedad, muerta, al parecer, por la carencia de ideales hacia donde dirigir su actividad, es tomada por ideal; pero no en lo objetivo, sino en su contenido artístico: el realismo. La aprehensión instantánea del gesto, la naturalidad del acto, lo espiritual, en fin, es la esencia del nuevo arte, que en sus principios ya, había de darnos a conocer la máxima belleza. Pero eso no era suficiente a llenar la sed de trans-

ANTIGUA LIBRERÍA DE CERVANTES

de RAMÓN MALLAFRÉ

LIBROS DE TEXTO

COMPRA Y VENTA
DE TODA CLASE DE
LIBROS ANTIGUOS
Y MODERNOS

CALLE TALLERS N.º 82
(junto a la Plaza de la Universidad)

TELÉFONO 22.230

BARCELONA

OBRAS DE LITERATURA,
ARTE, CIENCIAS,
DERECHO, MEDICINA,
MÚSICA, REVISTAS,
GRABADOS, ETC.

formación sentida por el cuatrocientos, y que dicho sea en honor del Arte medieval, éste había preparado dejando en cada una de sus obras un elemento cada vez más avanzado. Era preciso la aparición de un astro de primera magnitud, el sublime Miguel Angel, para situarnos en plena Antigüedad grecorromana, en lo clásico verdadero, pero con el sello propio, inconfundible, base de un estilo completamente original que se imitó durante largos años. Miguel Angel, su obra, no admiten comparación. El, verdaderamente, había logrado el renacimiento de la cultura artística.

El desbordamiento renacentista había conmovido al mundo. Al principio, indecisión, reserva ante lo desconocido. Después exceso agotador y decadencia, culminada en Bernini con su Arte demasiado naturalista. Sin embargo, la renovación del clasicismo no ha perdido su esencia hasta llegar a nosotros, por sucesión de modalidades y denominaciones, como romanticismo, neoclasicismo e idealismo. Así vemos también un Arte realista, impresionista, cubista, futurista. En fin, Arte moderno. En su desenvolvimiento, como justo homenaje al Arte hispano, debemos colocar los nombres de meritisimos escultores catalanes y castellanos que tanta gloria conquistaron y dieron a la patria.

RESUMIENDO

Mi breve exposición, ciertamente, no descubre ni enseña nada. Ha sido un a modo de desahogo del espíritu, que también persigue un ideal. Conventréis, como resultado, en que la figura huma-

na es la más noble representación artística de todos los tiempos. Y no olvidemos que los ideales tienen altísimos representantes dignos de homenaje eterno, y que son ellos los que anhelamos ver presentes en todo lugar, mejor que la estatua de una diosa. En plazas y jardines de las ciudades del mundo todo, la figura humana, el genio, sobre los pedestales sigue irradiando su luz a las generaciones. Su presencia es el mayor estímulo de la cultura.

Nosotros pensamos en Cervantes y hallamos un vacío en nuestra ciudad. Si por su gran amor a Cataluña, también como pensador y artista, como transformador de un ideal equivocado, como precursor del esplendoroso despertar de la literatura española, como genio universal, en fin, para quien el alma de los pueblos no tuvo secretos.

Su nombre glorioso campea en lápidas y bustos en los centros oficiales, culturales y artísticos de España y América; pero le faltan grandes monumentos. Al presente sólo conocemos los de Alcalá, Madrid, Toledo, Valladolid, Valencia, Nueva York y Argel. Trabajemos por añadir el nuestro; que Barcelona, honrando a Cervantes, se honrará a sí misma.

ANTONIO MALDONADO RUIZ

Trabajo leído en la velada literaria que los «Admiradores de Cervantes» celebraron en el Círculo Artístico de Barcelona, la noche del 8 de Octubre, para conmemorar el aniversario del natalicio del príncipe de los Ingenios.



Dulcinea

«Y fué a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque según se entiende, *ella jamás lo supo ni se dió cata de ello*. Llamábase Andolza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle el título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de Princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso, nombre a su parecer músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.»

Es esta Dulcinea la señora de los pensamientos

del más grande caballero que conocieron los siglos: de Don Quijote de la Mancha. Compárala él con las mujeres más hermosas del mundo, y dice: «que ni le llega Elena ni la alcanza Lucrecia, ni ninguna de las mujeres de la antigüedad griega y latina».

Y es esta Dulcinea la que no han comprendido muchos y la que creyéndose conocerla han ridiculizado los más. Dulcinea, no es, a mi entender, lo que han supuesto algunos *sofíles* y algunos *atrevidos*. Dulcinea es tanto, que no debieran hablar de ella los que esperan los pollinos en pago de sus servicios.

Meditemos acerca del Libro. El Don Quijote,

de Cervantes, es un libro escrito para la Humanidad. Dulcinea es el más excelso personaje de la obra cumbre, más que el mismo héroe, con serlo éste mucho, puesto que él la hace señora de sus pensamientos, que es tanto como supeditar a ella su voluntad. ¿Quién será esta señora a quien el caballero más noble, justo e idealista, rinde pleitesía? No puede referirse el autor a una persona por grandes méritos que ésta tenga, ni a un territorio determinado, pues que el Libro es de la Humanidad y la Humanidad no tiene fronteras. La religión de caballero andante no sabe tampoco de fronteras ni de razas: su lema es hacer bien a todos y mal a ninguno, no puede supeditarse nunca a las cosas que hicieron u ordenaron los Sanchos, cuando esto signifique perjuicio para alguien.

Que Dulcinea es altamente superior a estas creencias o suposiciones, nos lo demuestra nuestro héroe, el Ingenioso Hidalgo, cuando antes de tomar parte en sus aventuras, a las que le guía el sano convencimiento de hacer bien, se encomienda a ella; y más claramente aún, cuando creyéndolo haber hecho dice: «Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra. ¡Oh sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso!, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido a toda tu voluntad y talante a un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha; el cual, como todo el mundo sabe, hoy ha deshecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad».

Podrá argumentarse que era propio de los caballeros andantes el tener señora de sus pensamientos, y que por ello la tenía Don Quijote, mas salta a la vista de ojos, que en un libro escrito con el propósito de acabar con los perniciosos libros de caballería, que en un libro escrito con miras tan elevadas y tan altos propósitos, por el genio sin par, no debía incurrirse en los mismos defectos que combate con inigualable alteza de miras.

Las señoras de los pensamientos de la caterva de caballeros andantes que nos describen los libros de caballería, están muy por debajo de nuestra señora Dulcinea, tan por bajo, que no puede comparársele más que en que ésta fué también señora de los pensamientos de un llamado caballero andante; pero ha de tenerse en cuenta que el caballero que ama a Dulcinea, se diferencia en todo, no se parece en nada a los demás caballeros andantes de que tenemos conocimiento.

Cervantes crea un caballero andante tan humano, que todas sus andanzas, todas sus intervenciones son reales. Si lo vemos alguna vez apartarse de la realidad, no se aparta voluntariamente, pues-

to que el autor ha de bordear las dificultades con que tropezaba en una época de tiranía, como fué en la que escribió Don Quijote. Otras, muchas, veces, que parece a simple vista que se aparta de la realidad, es sólo al parecer, es porque no sabemos comprender lo ideal de esa misma realidad.

Don Quijote es el caballero más idealista del mundo, pero no es su idealismo del que se confunde con lo utópico: Don Quijote es el idealista de la realidad. Y porque no parezca una paradoja lo dicho, diremos, que su idealismo es real, porque se basa en la razón, en el bien y en la justicia bien entendida.

—Todo el mundo se detenga—dice Don Quijote—, si todo el mundo no confiesa, que no hay en el mundo todo, doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.»

La belleza de Dulcinea es la belleza del ideal humano, noble y justo: para nuestro caballero todo el mundo debe reconocer su belleza.

De hermosura sin par, señora fuiste,
con un doble sentido de hermosura:
el que atañe a tu ser y a tu figura,
y aquel que como emblema tú serviste.
Si adorador tan férvido tuviste
como Alonso Quijano, en su locura,
ni sólo un hombre, habrá que con ternura
no recuerde el renombre que adquiriste.
También te adoro yo ¡oh Dulcinea!,
cual beldad que triunfaste entre beldades,
y aunque ofendiendo tu hermosura sea,
admirando tus dos modalidades,
te adoraría igual aun siendo fea:
que tan es Dulcinea que idealidades.

Dulcinea es el bello nombre con que encubre Cervantes el ideal humano, el ideal por él sentido: amor, paz, fraternidad; hacer bien a todos y mal a ninguno. Dulcinea es enemiga de los entuertos, de los agravios, de las sinrazones, de las injusticias...

¡Oh excelsa Dulcinea, bello ideal! Por ti, y sólo por ti, deja el caballero su familia, su hogar, y abandona su hacienda, para ser un esforzado tuyo. Sirviéndote a ti, hace todo el bien posible entre gentes que te desconocen y que hasta se burlan de ti. Y al luchar con la maldad y el envilecimiento, le consideran loco y desalmado...

Pero él no te abandona nunca y con fe en ti, más ciega cada día, es cada día más enamorado tuyo, y cada día tu más decidido defensor, hasta que tropieza por fin con la realidad acomodaticia,

representada y sustentada por el caballero de la Blanca Luna, el cual viene a decirle que su forma de pensar es mejor que la de tu caballero, queriéndole hacer confesar que su señora te gana a ti en hermosura. Mas a pesar de ello, cuando en el sin igual combate que sostienen en la playa de Barcelona, cae a tierra bastante mal parado Don Quijote, y le dice el de la Blanca Luna, apoyándole la lanza en la visera de la celada:

Vencido ahora sois, y aun la muerte os dará si al momento no confiesa la condición que ha poco hube de hacerle.

Le contesta nuestro héroe con la mayor entereza:

Dulcinea del Toboso es la más bella de todas las bellezas que existieren:

apriétame la lanza sin reparos y quítame la vida que me ofende.

No quiere matarle el de la Blanca Luna. La estúpida realidad de conveniencia es cobarde; mas vivir sin ideal... ¡torpe quimera! Don Quijote no puede resistir tamaña ofensa. El que lo ha dado todo por Dulcinea, ya no puede vivir; y a pesar de las súplicas de Sancho, súplicas bastante significativas, a pesar de su «no se muera, señor», se le acaba la vida.

¡Oh, bellísima Dulcinea, perfecto y sublime ideal!

EZEQUIEL ORTIN

Trabajo leído en la velada literaria que los «Admiradores de Cervantes» celebraron en el Círculo Artístico de Barcelona, la noche del 8 de octubre, para conmemorar el aniversario del natalicio del Príncipe de los Ingenios.



Barcelona tiene el deber moral de erigir un monumento a Cervantes

Señoras: Señores:

Tal día como ayer se cree fué el natalicio del más grande de nuestros ingenios, por cuyo motivo ruego me permitáis hable de él y os lo presente como a un consumado artista en esta mansión del arte. Me refiero a Miguel de Cervantes Saavedra, de quien se sabe que aunque no estudió en la escuela de Parrasio, Polignoto, Apeles, Zeuxis y Timantes, como ellos supo pintar cuadros tan vivos y tan reales, que le han immortalizado, Sólo un gran artista como él, valiéndose de su divino pincel y unos cuantos colores, pudo pintar de mano maestra aquellas humanas y vívidas figuras de don Quijote y Sancho, y las de sus eternos compañeros Rocinante y el Rucio, cuyos nombres viven y vivirán en la memoria de las gentes, por los siglos de los siglos.

El que supo delinear y pintar tales figuras y otras muchas que aparecen en sus inimitables obras; el que pintó con bellos coloridos la vida soldadesca, la de los gitanos, poetas, farsantes, médicos, escribanos, alguaciles, corchetes, jiferos, rufianes, tahures, gariteros y ladrones; el que dió con su imperecedero *Don Quijote* materia para ser ilus-

trado por los más famosos artistas del mundo, bien merece se le recuerde en esta suntuosa mansión del arte y se pida para él que nuestra insigne ciudad le dedique un monumento digno de su fama.

Por mi parte, he de decir, que no es ésta la primera vez que me dirijo a los cultos barceloneses y a sus dignas autoridades, para pedirles su valiosa cooperación con el fin de que Barcelona levante un grandioso monumento a la memoria de quien por sus méritos y los bellos elogios que le prodigó en sus inmortales obras, llevó su glorioso nombre a las más apartadas regiones del mundo. Este monumento debiera ir adornado con bajos relieves representando escenas del *Quijote*, y en una de las caras de su pedestal grabarse en letras de oro, en prenda de homenaje, esta leyenda:

BARCELONA A CERVANTES,
HONRA Y GALA DEL INGENIO HUMANO
Y EN LENGUAJE Y ESTILO ÚNICO.

y en las demás caras, también esculpidos en letras de oro, los siguientes elogios dedicados a Barcelona y a los catalanes:

«Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.»

(*Las dos Doncellas.*)

«Y así me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única.»

(*Quijote, II, cap. 72.*)

«Los cortesés catalanes, gente enojada, terrible, y pacífica, suave; gente que, con facilidad da la vida por su honra, y por defenderlas entrambas se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo.»

(*Persiles y Sigismunda, lib. III, cap. 12.*)

Muchos fueron los elogios que, como recuerdo de su vida militar, dedicó en sus obras a las ciudades italianas, el que fué herido y mutilado en Lepanto y cautivo más de cinco años en Argel; del que más tarde fué acopiador de trigo en la Mancha, alcahalero en Andalucía, preso en Argamasilla de Alba, en Sevilla y en Valladolid, pero ninguno de ellos, a mi ver, superan en belleza, elegancia, vigor y concisión, a los que se acaban de transcribir dedicados a la ínclita Barcelona.

Por tales elogios, por la predilección que sentía por Barcelona, puesto que así lo demuestra en varios pasajes de sus festivas producciones; el hecho significativo de haberla tomado por escenario para desarrollar los más importantes sucesos que se leen en su inmortal *Don Quijote*, como es el vencimiento de su protagonista por el caballero de la Blanca Luna, cuyo vencimiento es el fin y remate de las aventuras del famoso paladín manchego; las discretas escenas que pasan en sus calles y en casa de don Antonio Moreno; la visita que hace el sublime loco a una de sus mejores imprentas, y el haber dedicado a Cataluña y a su hermosa capital siete capítulos de la más bella obra que ha producido el humano ingenio, son hechos muy elocuentes de que Cervantes quiso rendir con ellos un homenaje de admiración hacia la hidalga ciudad, como recuerdo del viaje que hizo por tierras catalanas en 1569, y de su larga estancia en la misma en 1607. Por tales elogios y otras alabanzas que prodiga a nuestra culta y laboriosa

Barcelona, hoy, aprovechando esta velada dedicada a conmemorar el aniversario de su natalicio, que se supone fué el 7 de octubre de 1547, vuelvo a recordar, que nuestra industriosa capital está obligada a levantarle un grandioso monumento.

He dicho que se supone que en la citada fecha fué su natalicio, porque nadie sabe con certeza el día en que nació, dónde y cuándo escribió su maravillosa novela *«El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha»*, ni dónde descansan sus cenizas, cuyo abandono puede ser causa de que en vez de venerar sus restos, se adoren los de algún mortal que no supo leer ni escribir. Lo que sí se sabe cierto, y en esto andan acordes todos sus biógrafos, es que el que hoy preside y presidirá por los siglos de los siglos el Parnaso español, fué bautizado en la iglesia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, el 9 de octubre de 1547.

Son tan poco seguras las noticias hasta hoy conocidas sobre la infancia y niñez del gran ingenio alcalaíno, que todo cuanto se ha dicho de ellas, no pasan de ser meras conjeturas. Lo único que se sabe, y no da lugar a duda, es que en su mocedad estudió Gramática y Humanidades con el sabio maestro Juan López de Hoyos; y que con motivo de celebrarse el 24 de octubre de 1568, en las Descalzas de Madrid, las solemnes exequias por

Llibreria ROYO

LLIBRES ANTICS I MODERNS

ES COMPREN
GRANS I PETITES
BIBLIOTEQUES, PAGANT AL
COMPTAT EL PREU
MÀXIM

}

Rambla Santa Mònica, 14
Telèfon 23.862 - BARCELONA

la muerte de la reina doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II, escribió un soneto, cuatro redondillas, una copla y una elegía. También se ignora cómo y cuándo pasó a Italia. Mayans, Quitana, don Vicente de los Ríos, Navarrete, Aribau y cuantos han escrito algo sobre su vida, aseguran que efectuó dicho viaje con monseñor Aquaviva, cuando vino a España legado por Pío V para dar el pésame a Felipe II, por la muerte de su hijo el príncipe Carlos; y que por Valencia llegó a Barcelona, donde embarcó con su séquito para regresar a la capital del Orbe Católico. Pero esta leyenda, por no llamarla patraña, queda desvirtuada por el hecho significativo de no registrarse en el Dietario de nuestro Archivo Municipal, ni en el del Obispado ni del Cabildo Catedral, ninguna noticia de que al finalizar el año 1568, ni a principios del siguiente, hubiese embarcado ni pasado por esta ciudad ningún Legado del Papa Pío V. Y si a todo esto se añaden los rozamientos que hubo entre monseñor Aquaviva y Felipe II, los cuales dieron motivo para que el rey Católico mandase extender un pasaporte, fechado en Aranjuez a 2 de diciembre de 1568, en el que se le conminaba a regresar a su país en el término de sesenta días, por Aragón y Valencia, en cuyo puerto embarcó, se verá cuán gratuitas son las afirmaciones de sus biógrafos.

Esta orden conminatoria de expulsión, echa por el suelo la leyenda de que el príncipe de los ingenios españoles siguiese al séquito de monseñor Aquaviva. Y cabe preguntar ahora: ¿Cómo y cuándo pasó a Roma? Si se lee con la debida atención *La Galatea*, pronto echará de ver el lector, que fué a comienzos de 1569, en cuya época, dejándose llevar de su espíritu aventurero, como se dejaba llevar casi toda la juventud de su tiempo, abandonó la casa de sus padres para ir en busca de aventuras en las armas, medio de que se valían muchos para cobrar honra y fama; y que sólo,

o bien acompañado de otros amigos, por Guadalupe, Calatayud, Zaragoza, Lérida, Cervera, Igualada, Martorell y Molins de Rey, llegó a Barcelona, que era el camino que se hacía entonces desde Madrid a la capital de Cataluña, el mismo que describe Pedro Villuga en su *Repertorio de todos los caminos de España*, y el mismo que hizo don Juan de Austria en 1571, cuando vino a embarcar en nuestro puerto para ir a Lepanto. ¿Cuánto tiempo estuvo en nuestra ciudad? Esto no se puede precisar, pero seguramente pasaría en ella algunos días para recorrerla y estudiar las costumbres de sus moradores, lo cual, después de haberlo efectuado, continuó su viaje a Italia por la provincia de Gerona, pasando por Palamós, Rosas, Perpiñán, La Provenza, el Delfinado, Piamonte, el Milanesado y la Toscana, para llegar a Roma.

En este viaje oyó narrar un hecho ocurrido en Palamós los días 7 y 8 de octubre de 1543 en que los turcos saquearon e incendiaron el pueblo, cuyos horrores fueron anotados con todo detalle por don Antioco Brugarol Codina, notario de la citada población, episodios que quedaron en la memoria de Cervantes, quien los supo trasladar, enlazar y sazonar maravillosamente, como él sabía hacerlo, con otros acaecidos con unos bandoleros que desde mediados del siglo XVI infestaban aquella provincia y la de Barcelona con el nombre de *Negros*. Al saqueo de Palamós y a estos bandos hace alusión el episodio que narra Salerio en el libro II de *La Galatea*, diciendo que Timbrio «caminando por el reino de Cataluña, a la salida de Perpiñán, dieron con él una cantidad de bandoleros, los cuales tenían por señor y cabeza a un valeroso caballero catalán, que por ciertas enemistades andaba en la campaña, como es ya antiguo uso de aquel reino, cuando los enemistados son personas de cuenta, salirse a ella y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas, cosa ajena de toda cristiandad y digna

(Concluirá)

LIBRERÍA DUBÁ

LIBROS DE TEXTO

Compra y venta
de toda clase
de libros na-
cionales y
extranjeros

Aribau, 17 - Tel. 31.659
BARCELONA

Extenso surtido
en Literatura,
Arte, Medicina,
Derecho,
Música, etc.

JOSÉ PORTÉ

LIBRERO

MONTESIÓN, 3 BIS, PRINCIPAL

Apartado de Correos 574
Teléfono 16.792

BARCELONA

Direc. telegráfica y cablegráfica:
PORTELIBER

*Libros raros, Antiguos y Modernos,
españoles y extranjeros*

INCUNABLES • MANUSCRITOS, ESPECIALMENTE EN LENGUAS
ROMÁNICAS Y CON MINIATURAS • OBRAS AGOTADAS
IMPRESIONES ARTÍSTICAS Y LIMITADAS
MODERNAS • ENCUADERNACIONES AR-
TÍSTICAS E HISTÓRICAS • DIBUJOS
AUTÓGRAFOS • GRABADOS
CERVANTINA



Libros cervantinos que vendemos a los precios marcados

Ptas.	Ptas.
Pérez Pastor (Cristóbal). Documentos Cervantinos hasta ahora inéditos. Madrid, 1897-1902. In-4. 2 tomos	40
Calderón (Juan). Cervantes vindicado en ciento quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que no han entendido, o que han entendido mal, algunos de sus comentadores o críticos. Madrid, 1854. In-8. Encuadernado en el mismo tomo hay dos obritas más, no referentes a Cervantes.	20
Givanel i Mas (Joan). Catàleg de la Col·lecció Cervànica, formada per D. Isidre Bonsoms i Sicart i cedida per ell a la Biblioteca de Catalunya. Barcelona, 1916. In-4 mayor. 3 tomos encuadernados	90
Otro ejemplar en papel de hilo	150
Cervantes Saavedra (Miguel de). El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Barcelona, Tomás Gorcha, 1859. Gran in-fol. Láminas y grabados. Encuadernado	100
Cervantes Saavedra (Miguel). El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Edición adornada con 800 láminas repartidas por el contexto. Barcelona, Antonio Bergnes y Compañía, 1839-40. In-4 mayor. 2 tomos. Grabados y láminas. Encuadernados	40
Cervantes Saavedra (Miguel de). Novelas ejemplares. Madrid, viuda de Alonso Martín, 1622. In-8. Pergamino. Le faltan 6 hojas preliminares	75
Cervantes Saavedra (Miguel). Viaje del Parnaso. Dirigido a D. Rodrigo de Tapia, Caballero del Hábito de Santiago. Publicanse ahora de nuevo una tragedia y una comedia inéditas del mismo Cervantes: aquella intitulada la Numancia; ésta El Trato de Argel. Madrid, Antonio de Sancha, 1784. In-8 mayor. Láminas. Encuadernado	50
Seris (Homero). Sobre una nueva variedad de la edición Príncipe del «Quijote». (Dijon, Imp. R. de Thorey), 1924. In-4. 11 págs. (Publicado primero en el Bulletin Hispanique T. XXVI, N.º 4 Octubre-Décembre 1924).	1,50
Seris (Homero). La Colección Cervantina de la Sociedad Hispánica de América (The Hispanic Society of America). Ediciones de Don Quijote. Con introducción, descripción de nuevas ediciones, anotaciones y nuevos datos bibliográficos (Urbana), University of Illinois, 1918. In-4.	20